

Dios con nosotros, eres nuestra Luz y Salvación, porque tu amor es para siempre. Tú que has hecho visible la "Luz de tu rostro" y has enviado tu Hijo al mundo, lleno de vida y luz, lleno de amor y fidelidad para traer a la Luz de la vida. Luz que ilumina a toda persona. Luz que brilla en la oscuridad.

Luz que la oscuridad no puede vencer. Inúndanos siempre con el don de tu luz y salvación. Para que a través de tu Luz verdadera podamos, por la fuerza de tu Espíritu, ver en tu Luz, la luz. Caminar en tu Luz, dar testimonio de tu luz, hacer las obras de la luz. Hasta la venida de Tu Reino, Reino de Luz.

Dios con nosotros, eres nuestra Luz y Salvación, porque tu amor es para siempre. Tú que has hecho visible la "Luz de tu rostro" y has enviado tu Hijo al mundo, lleno de vida y luz, lleno de amor y fidelidad para traer a la Luz de la vida. Luz que ilumina a toda persona. Luz que brilla en la oscuridad.

Luz que la oscuridad no puede vencer. Inúndanos siempre con el don de tu luz y salvación. Para que a través de tu Luz verdadera podamos, por la fuerza de tu Espíritu, ver en tu Luz, la luz. Caminar en tu Luz, dar testimonio de tu luz, hacer las obras de la luz. Hasta la venida de Tu Reino, Reino de Luz.

Dios con nosotros, eres nuestra Luz y Salvación, porque tu amor es para siempre. Tú que has hecho visible la "Luz de tu rostro" y has enviado tu Hijo al mundo, lleno de vida y luz, lleno de amor y fidelidad para traer a la Luz de la vida. Luz que ilumina a toda persona. Luz que brilla en la oscuridad.

Luz que la oscuridad no puede vencer. Inúndanos siempre con el don de tu luz y salvación. Para que a través de tu Luz verdadera podamos, por la fuerza de tu Espíritu, ver en tu Luz, la luz. Caminar en tu Luz, dar testimonio de tu luz, hacer las obras de la luz. Hasta la venida de Tu Reino, Reino de Luz.

Dios con nosotros, eres nuestra Luz y Salvación, porque tu amor es para siempre. Tú que has hecho visible la "Luz de tu rostro" y has enviado tu Hijo al mundo, lleno de vida y luz, lleno de amor y fidelidad para traer a la Luz de la vida. Luz que ilumina a toda persona. Luz que brilla en la oscuridad.

Luz que la oscuridad no puede vencer. Inúndanos siempre con el don de tu luz y salvación. Para que a través de tu Luz verdadera podamos, por la fuerza de tu Espíritu, ver en tu Luz, la luz. Caminar en tu Luz, dar testimonio de tu luz, hacer las obras de la luz. Hasta la venida de Tu Reino, Reino de Luz.

Cuaresma

Yo, el Señor,
os seduciré,



os llevaré al desierto,

y os hablaré al corazón.

(Os. 2,16)

Cuaresma

Yo, el Señor,
os seduciré,



os llevaré al desierto,

y os hablaré al corazón.

(Os. 2,16)

Cuaresma

Yo, el Señor,
os seduciré,



os llevaré al desierto,

y os hablaré al corazón.

(Os. 2,16)

Cuaresma

Yo, el Señor,
os seduciré,



os llevaré al desierto,

y os hablaré al corazón.

(Os. 2,16)


Yo, el Señor,
os seduciré,
os llevaré al desierto,
y os hablaré al corazón.
(Os. 2,16)

Jesús mira al hombre necesitado. Se detiene ante alguien que soporta la carga de la desgracia más radical: ciego y pobre, dependiente de los demás para subsistir y sin la experiencia de haber visto la luz; era ciego "de nacimiento". Expulsado de la sinagoga por los fariseos que creen saberlo todo, no dudan de nada e imponen su verdad, en el ciego se condensa la ceguera del ser humano, la ceguera del que todavía no ha recibido la luz definitiva de la revelación. Jesús toma la iniciativa, antes de que el ciego pueda tan siquiera expresar algún deseo o elevar una súplica, le devuelve la luz y concluye con esta advertencia final: "He venido a este mundo para un juicio, para que los ciegos vean y los que vean queden ciegos"

Nuestra Iglesia necesita testigos que contagien, aunque sea de manera imperfecta, su pequeña experiencia del Evangelio. Creyentes de verdad, atentos a la vida y sensibles a los problemas de la gente, buscadores de Dios capaces de escuchar y acompañar con respeto a tantos hombres y mujeres que sufren, buscan y no aciertan a vivir de manera más humana ni más creyente.

IV de Cuaresma - Ojos nuevos


Yo, el Señor,
os seduciré,
os llevaré al desierto,
y os hablaré al corazón.
(Os. 2,16)

Jesús mira al hombre necesitado. Se detiene ante alguien que soporta la carga de la desgracia más radical: ciego y pobre, dependiente de los demás para subsistir y sin la experiencia de haber visto la luz; era ciego "de nacimiento". Expulsado de la sinagoga por los fariseos que creen saberlo todo, no dudan de nada e imponen su verdad, en el ciego se condensa la ceguera del ser humano, la ceguera del que todavía no ha recibido la luz definitiva de la revelación. Jesús toma la iniciativa, antes de que el ciego pueda tan siquiera expresar algún deseo o elevar una súplica, le devuelve la luz y concluye con esta advertencia final: "He venido a este mundo para un juicio, para que los ciegos vean y los que vean queden ciegos"

Nuestra Iglesia necesita testigos que contagien, aunque sea de manera imperfecta, su pequeña experiencia del Evangelio. Creyentes de verdad, atentos a la vida y sensibles a los problemas de la gente, buscadores de Dios capaces de escuchar y acompañar con respeto a tantos hombres y mujeres que sufren, buscan y no aciertan a vivir de manera más humana ni más creyente.

IV de Cuaresma - Ojos nuevos


Yo, el Señor,
os seduciré,
os llevaré al desierto,
y os hablaré al corazón.
(Os. 2,16)

Jesús mira al hombre necesitado. Se detiene ante alguien que soporta la carga de la desgracia más radical: ciego y pobre, dependiente de los demás para subsistir y sin la experiencia de haber visto la luz; era ciego "de nacimiento". Expulsado de la sinagoga por los fariseos que creen saberlo todo, no dudan de nada e imponen su verdad, en el ciego se condensa la ceguera del ser humano, la ceguera del que todavía no ha recibido la luz definitiva de la revelación. Jesús toma la iniciativa, antes de que el ciego pueda tan siquiera expresar algún deseo o elevar una súplica, le devuelve la luz y concluye con esta advertencia final: "He venido a este mundo para un juicio, para que los ciegos vean y los que vean queden ciegos"

Nuestra Iglesia necesita testigos que contagien, aunque sea de manera imperfecta, su pequeña experiencia del Evangelio. Creyentes de verdad, atentos a la vida y sensibles a los problemas de la gente, buscadores de Dios capaces de escuchar y acompañar con respeto a tantos hombres y mujeres que sufren, buscan y no aciertan a vivir de manera más humana ni más creyente.

IV de Cuaresma - Ojos nuevos


Yo, el Señor,
os seduciré,
os llevaré al desierto,
y os hablaré al corazón.
(Os. 2,16)

Jesús mira al hombre necesitado. Se detiene ante alguien que soporta la carga de la desgracia más radical: ciego y pobre, dependiente de los demás para subsistir y sin la experiencia de haber visto la luz; era ciego "de nacimiento". Expulsado de la sinagoga por los fariseos que creen saberlo todo, no dudan de nada e imponen su verdad, en el ciego se condensa la ceguera del ser humano, la ceguera del que todavía no ha recibido la luz definitiva de la revelación. Jesús toma la iniciativa, antes de que el ciego pueda tan siquiera expresar algún deseo o elevar una súplica, le devuelve la luz y concluye con esta advertencia final: "He venido a este mundo para un juicio, para que los ciegos vean y los que vean queden ciegos"

Nuestra Iglesia necesita testigos que contagien, aunque sea de manera imperfecta, su pequeña experiencia del Evangelio. Creyentes de verdad, atentos a la vida y sensibles a los problemas de la gente, buscadores de Dios capaces de escuchar y acompañar con respeto a tantos hombres y mujeres que sufren, buscan y no aciertan a vivir de manera más humana ni más creyente.

IV de Cuaresma - Ojos nuevos